

CULTURA Y OCIO

DE LIBROS

El tema de la semana

● La autora gaditana Ana Rossetti se acerca por igual al público infantil y adulto reescribiendo los mitos que se nos han legado en su nuevo libro, que ve la luz en el sello Ediciones en Huida

ARTESANÍA Y MILITANCIA

CUENTOS APROPIADOS (PARA EL PÚBLICO EN GENERAL)

Ana Rossetti. Ediciones en Huida, Sevilla, 2014. 12 euros. 299 páginas.

Elena Medel

Este libro es una sinestesia. Las imágenes de este libro se escuchan, y su prosa sabia y delicada se nos aparece por arte de magia y por arte –también– del oficio de quien maneja las palabras como le da la gana, porque las ha usado todas, y porque se las conoce, y porque sabe dónde respiran y por dónde flaquean, y entonces, por eso, las hila y las deja fluir con naturalidad hermosa. *Cuentos apropiados (para el público en general)*, de Ana Rossetti, publicado por la sevillana Ediciones en Huida, se

oye y se huele y se paladea y se lee, sobre todo: se disfruta leyendo este libro, entonces, que compare



te tono con los cuentos contados de generación en generación. Leemos al inicio del primero de los relatos, *Cindy, la que vive en la colina*, cómo “era delicioso, en las tardes de lluvia, amontonar cojines sobre la alfombra y contarse historias de fantasmas mientras parpadeaban las llamas y hervía el agua para el té”. Ocurre a la protagonista, cuyo dibujo y circunstancias guardan relación con el personaje de Cenicienta, pero a la que Rossetti distancia y redefine para su historia.

Porque la apropiación del título alude a una intención doble: una más evidente, la de acercarse por igual al público infantil y adulto –y lo consigue, tierna y



La poetisa y narradora Ana Rossetti (San Fernando, Cádiz, 1950).

crítica a la vez, en la senda de esos libros de siempre que, no importa la edad, zarandean–, y otra implícita, reescribiendo los mitos que se nos han legado. Tal y como indica Rossetti en el epílogo –*Apropiación debida*–, lo titula de forma elocuente–, “todo texto se construye como un mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto”. La cita pertenece a Julia Kristeva y Rossetti plantea con ella esta escritura suya, la de *Cuentos apropiados (para el público en general)*, que bebe en las fuentes del tiempo; la de historias sin autor en sus compases primeros que gozan –con los años y la transmisión– de diferentes versiones, ya con apelli-

do, y que parecen desembocar en esta actualización de Los Temas de Siempre, que la escritora de Rossetti convierte en Los Temas de Ahora.

La técnica de escritura de Rossetti se aleja del mosaico, lo confiesa ella misma, para desembocar en un gesto de la artesanía: la almazuela. Se trata de “la pieza de tela hecha de retazos de otras”, define la autora, “pero que parece el diminutivo familiar y afectuoso de un vislumbre del alma”. Y esas claves, la artesanía, la composición de composiciones, el diminutivo, lo familiar y afectuoso o el alma, marcan el decir de estos cuentos. El primero de ellos, *Cindy, la que vive en la colina*, dialoga con la versión de

Cenicienta de los hermanos Grimm, que Rossetti confiesa preferir frente a la de Perrault, y a la que sitúa en la libertad de los años sesenta. *Se busca princesa* actualiza el relato de Andersen sobre alteza y leguminosas, y se trata quizá de la versión más ajena al original, incluyendo la divertidísima –y cruel– escena en la que satiriza el mundo de las tertulias artísticas, además de la cabrona reflexión sobre la escritura que late en todo el relato.

El pez Nicolás rescata una leyenda rastreada tras la lectura del *Quijote* y serviría, quizás, para guiar a aquellos interesados en las aguas de la nueva masculinidad; y *La princesa encantadora*, que cierra el volumen, conecta

con la propia infancia de Rossetti, impresionada desde entonces con el cuento polaco *La princesa que no se quería casar*, una reflexión sutil sobre el derecho a la imaginación. Ahí escribe Rossetti: “las hadas, los duendes, los gnomos, las ondinas... nos parecen seres caprichosos, traviesos e indisciplinados; lo que pasa es que los juzgamos con nuestras normas”. Los prejuicios, fuera.

Cuentos apropiados (para el público en general) funciona, a la vez, igual que un manifiesto, desde la creencia de que el cuento debe más enseñar que entretener. Los protagonistas de estos cuatro textos se rebelan al esquema marcado por los años y abandonan el camino que nuestra memoria se sabe:

Estos relatos funcionan desde la creencia de que el cuento debe más enseñar que entretener

las princesas ni se inmutan ante los guisantes, las carrozas se transforman en motocicletas y la fortaleza la exhiben las mujeres. No obedecen al estereotipo del Típico Hombre De Los Típicos Cuentos De Hadas los que aparecen en ninguno de ellos, débiles y faltos de decisión, como el escritor, o sensibles como el príncipe de Cindy o el pez Nicolás. Si el lector o la lectora los considera apropiados para los más pequeños, estas historias en las que lo que sucede sucede mucho después de perder el zapato, y porque Cenicienta quiere, servirán para refrescar el imaginario de los cuentos que habitualmente se transmiten. Y si quien se acerca al libro lo hace ya con unos años, aunque con el deseo de mirar otros años atrás, comprobará con alegría que se guardan otras historias en las historias que nos suenan. Decidan lo que decidan, estos *Cuentos apropiados (para el público en general)* ofrecen lecturas diversas, todas jugosas, desembocando todas en la escritura como artesanía y militancia.

LOS DOMINGOS DE UN BURGUÉS EN PARÍS

Guy de Maupassant. Trad. Manuel Arranz. Periférica. Cáceres, 2014. 136 páginas. 15,50 euros

Manuel Gregorio González

Dice Stendhal, al abrir su *Rojo y negro*, que “la novela es un espejo que se pasea a lo largo del camino”. Maupassant, fiel a este principio naturalista, ha sustituido, no obstante, el espejo del señor Bayle por las andanzas de un burgués parisino, cuya figura cómica ejerce aquí de reflectante y de caricatura de la Francia endomingada de finales del

El paseante ingenuo

XIX. *Los domingos de un burgués en París* es, pues, una *nouvelle* de intención satírica; a pesar de lo cual, el noble corazón de Maupassant no le permite ir más allá de una burla tierna y conmovida, que lo inhabilita como denostador de aquel formidable invento de la Revolución: el buen burgués, acremente retratado por Balzac, siguiendo una fuerte pulsión de su siglo.

Dos son las obras que nos recuerdan inmediatamente estos

domingos parisinos: el *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert, maestro absoluto de Maupassant, y *El hombre de la multitud* de Poe. Por el primero, asistimos a la cándida



impericia y la resuelta estupidez de dos buenos burgueses, metidos a eruditos. Por el segundo, nos encontramos con la novedosa figura del

flanêur, del paseante insomne, que fatiga las calles de la metrópoli, sumido en el vertiginoso brillo de sus luces. Walter Benjamin tiene escrito mucho sobre este caminante impar, hijo de la industria y del comercio, y que preludia nuestro paso apresurado y ciego por las urbes. El buen Patissot, no obstante, es un *flanêur* por prescripción médica. Y es esta recomendación banal y salutífera la que le lleva a visitar las afueras de París, con tanto candor como tor-

peza. Patissot, funcionario ecuanime y avejentado, busca la diversión y el amor por las orillas del Sena, y lo que encontrará es una extraordinaria plaga del mundo moderno: el ejército de domingueros que vivaquea y goza del descanso dominical, convertido en hosca muchedumbre. También encontrará a hombres absortos en su desgracia y extravagantes sabios que abominan del sufragio universal... Uno tras otro, de los capítulos de esta pequeña y divertida obra, lo que emerge no es otra cosa que la gran ciudad, y su soledad urgente, y esa nueva humanidad nacida con el alumbrado público.